

Cómo conocí al general Leonardo Márquez

Quizás yo haya sido una de las causas ocasionales del regreso del general Leonardo Márquez á México. Voy á decir por qué: desde 1892, por diversos motivos históricos y políticos, escribí su nombre en la prensa para familiarizarle nuevamente con el público: si me ocupaba en el 11 de abril de 1859; si en el 3, el 15 y el 23 de junio de 1861, en que Ocampo, Santos Degollado y Valle fueron sacrificados por la reacción; si en el presidente Félix Zuloaga, rey de burlas; si en la Intervención y el Imperio; si en la caída de las plazas de Querétaro y México, y si en el archiduque Maximiliano, mentaba yo siempre aquel nombre siniestro con todas sus letras. De vez en cuando aparecían fragmentos de alguna carta que me escribía desde la Habana, que eran reproducidos por los periódicos de color político subido sin adjetivarlos con aspereza.

Así las cosas, cierto día apareció en *El Partido Liberal*, publicación oficiosa cuyos redactores lo leían sólo en la gaceta y el boletín del *Monitor Republicano*, este insinuante párrafo:

“El Lugarteniente del Imperio anhela volver á México y hay alguien que procura allanarle el camino por donde el perdón ha de venir.”

Transcurrido algún tiempo, Márquez escribió á don Manuel Romero Rubio, ministro de gobernación, diciéndole: que la República estaba cimentada, que la paz era un hecho consumado, que los odios de partido se habían extinguido, que hacía veintisiete años que sufría en el destierro, que solicitaba permiso para volver al país, que prometía no inmiscuirse en

política, y que quería venir á acabar sus últimos breves días. El señor Romero Rubio dió cuenta de la solicitud al presidente la República, general Porfirio Díaz, quien, siempre magnánimo con los grandes pecadores políticos, acordó de conformidad.

Un día de mayo de 1895, México despertó sorprendida con la noticia del regreso del general Márquez á México.

Se había embarcado en la Habana en el vapor norteamericano “Segurança,” el 23, sin más compañía en el trayecto que la señora Antonia Ochoa de Miranda y su hijita. A las nueve de la mañana del 27 atracó el vapor en el muelle de Veracruz. Por los periódicos, sus habitantes andaban sobre aviso del acontecimiento. Así, pues, había más público que de costumbre en el muelle en espera de los pasajeros; larga y apretada fila de cargadores les abrieron paso, y mil ojos, después de pasear curiosamente la vista por entre los que llegaban, adivinaron más bien que vieron la figura de Márquez, pequeñita, vivaracha, gastada y dura en su expresión.

Al pisar tierra mexicana el célebre é inolvidable proscrito exclamó con los ojos arrasados de lágrimas de felicidad:

—¡Vuelvo al cabo de veintisiete años á la patria!

Y cuando se abrió paso, levantóse un murmullo de honda antipatía; luego entró en la aduana, donde el administrador don Javier Arrangóiz inspeccionó el despacho de su equipaje.

Fué á parar al Hotel México y en seguida pasó á la comandancia militar á saludar al general Rosalino Martínez.

—Vengo, le dijo, á presentar mis respetos como soldado á la primera autoridad militar de la primera población que piso al volver á mi patria. Suplico á usted manifieste al señor Presidente mi cariñoso saludo y mi más profunda gratitud.

—¿Ha llegado usted sin novedad?— le preguntó el general Martínez.

—Sí, señor: no he tenido contratiempo. Estoy bien; me siento feliz. ¡Ah, usted no puede comprender lo que es la proscrición, lo triste que es vivir lejos del país en que se ha na-

cido! Es usted muy joven. Cuando se vuelve á la patria después de tan prolongada ausencia, parece que vive uno de nuevo. A la patria se la quiere mucho, como á una madre.

Márquez tuvo alguna frase de gratitud para el general Manuel González, de quien recibió, cuando era presidente, alguna muestra de distinción. Al mentarle, decía á secas Manuel.

Con anhelo recorrió á pie la Plaza Principal y los portales. El pueblo no le quitaba la vista de encima: buscaba á la fiera de 1859 y no hallaba más que á un extranjero anciano, ofuscado, manso y cortés.

Al día siguiente, 28, tomó pasaje de primera en el ferrocarril, para México. Después del paso de las cumbres de Maltrata, se le preguntó:

—¿Qué le ha parecido á usted el camino hasta aquí?

—Muy hermoso, y me admira lo bien construído de esta vía. Las vistas de las cumbres de Maltrata son soberbias y grandiosas. Cuando yo salí del país, este ferrocarril sólo llegaba á Tejería y no había esperanzas de terminarlo. Todo esto demuestra el adelanto de México conseguido en los años que lleva de paz, á la que parece se han acostumbrado los mexicanos.

—¿Cómo se siente usted?

—Perfectamente, y hasta me siento rejuvenecido al aspirar el aire de mi patria, de la cual he estado lejos durante muchos años.

—¿Cuál es el objeto de su regreso?

—Además del deseo muy natural de todo el que está lejos de su país, volver á él, el de vivir tranquilamente el poco tiempo que me queda de vida.

—¿Qué actitud guardará usted respecto á política?

—La de una absoluta neutralidad.

A la una llegó el tren á la estación de Esperanza. En el vagón de primera clase, en un asiento cerca de la puerta delantera, venía Márquez. A un vistazo se daba con él, por esta filiación: bajo de cuerpo, delgado, de cráneo, una hendidura

atroz en el carrillo derecho, el semblante anguloso y de dura expresión.

Ratifiqué bien las señas tan instantáneamente como el pensamiento.

—¿Usted es el general Márquez?—le pregunté.

—Sí, señor.

Y puse en sus manos una carta de presentación del licenciado Rafael Gómez y esta tarjeta:

México, Mayo 28—895.

Sr. General L. Márquez.

Orizaba.

Pasajero de 1ª clase.

Cuídese usted mucho conversaciones inoportunas reporters periodistas, pues creo van algunos.—*Román.*

Y desde luego me habló con familiaridad. Pasamos al restaurant. Tras nosotros iba un muchacho cargando una petaca de lona, color de plomo, á la que no le quitaba la vista. Comió bien y violento, y al querer saber yo sin reticencias, si tomaba vino, agua ó cerveza, dijo:—Cerveza, hombre, ¡qué reticencias! yo soy franco; yo siempre les llamo á las cosas por sus nombres.

En el andén, se le presentó el jefe de la escolta y le saludó particularmente. En este momento le fué entregada una carta; mas como manifestase que no podía leerla por lo cansado de su vista y de sus setenta y cinco años (*), me suplicó le informase acerca de lo que decía. La carta reza á la letra:

“Al Sr. General D. L. Márquez.

“Bien venido, General.

“La Patria mexicana como madre amantísima y abnegada

* Su fe de bautismo es la siguiente:

En diez de Enero de mil ochocientos veinte con licencia del Sr. D. J. Miguel Guridi Alcocer, Cura de esta Santa Iglesia. Yo el Br. D. Alejo Norzagaray bauticé á un niño español que nació antier, púsele por nombre Leonardo Teófilo Guadalupe Ignacio del Corazón de Jesús, hijo legítimo de legítimo matrimonio de D. Cayetano Márquez, sargento primero distinguido del batallón ligero de Querétaro, y de D^a María de la Luz Araujo, fué su padrino D. Evaristo González Carvajal, teniente graduado del Estado Mayor de esta plaza. Advertido de su obligación.—*Dr. José Miguel Guridi Alcocer.—Alejo Norzagaray.*

olvida vuestros errores pasados y os abre los brazos para que en su regazo podáis dormir el sueño tranquilo de la muerte.

“La nueva generación que ahora encontráis, no ha heredado de la pasada sus pasiones de partido. Los mexicanos de hoy, amamos la paz y estamos dispuestos á sostener á todo trance á nuestro digno Presidente de la República que ha sabido hacer á su Gobierno el más justo, el más sabio y el más fuerte de todos los que ha tenido la nación, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días.

“Conque, venid en paz, señor General, y que vuestros 28 años de ostracismo os hayan servido para apreciar la injusticia con la cual combatísteis al heroico y generoso pueblo mexicano; el mismo que hoy conmovió de vuestra tristísima senectud, ya os ha perdonado.—*Manuel Romero Palafox.*”

En el curso de la lectura, al oír que la patria olvidaba sus errores, se sintió contrariado intensamente y exclamó:

—¡No son errores: yo he sido siempre conservador!

Después, ya en el tren y á punto de partir, recibí un telegrama de México en que se me noticiaba que el pueblo y los estudiantes esperaban á Márquez en la estación de Buenavista para hacerle á su llegada una manifestación hostil. Luego se lo hice saber y dijo:

—Pero, ¿por qué? ¡Si yo no vengo más que á acabar mis últimos días!

Entramos de lleno en plática. Desde Veracruz notó grandes progresos y sintió satisfacción por ellos.

—Si yo quiero á mi patria, hombre—exclamó en prueba del placer que sentía por el adelantamiento material del puerto.

Se extasiaba en contemplar la perspectiva del camino y á medida que avanzaba el tren, rejuvenecía en su habla. Con el suave movimiento del gigantesco galope que tomaba la locomotiva al encontrar resistencia en medio de la soledad de las llanuras, palpitaba su viejo corazón, latía fuerte como queriendo romper la cárcel del pecho con la respiración amplia del aire sano del país natal.

—¡Ah, cómo ha adelantado mi patria! Todo esto no lo dejé así, cuando huí de ella. Recuerdo: salí de México á caballo, acompañado de mi ayudante Rincón. Llevaba la cara, aquí donde tengo el balazo, muy hinchada, muy abultada. Encontré en una barranca á un grupo de caminantes. Yo creí que estaba perdido; pues no; me dijeron: adios, amigo. Y yo les respondí: adios, amigos. Y seguí mi camino. En Tehuacán, sin sentir, llegué á encontrarme entre soldados enemigos y escapé por mi sangre fría, casi á la vista de ellos. De Veracruz salí con un trajecito azul. Se paseaba en el muelle el señor general Díaz; tomé á la izquierda y bajé al bote que me aguardaba, y me alejé. ¡Creí entonces que para siempre!

Todo aparecía nuevo para Márquez y la alegría le retozaba en el cuerpo. Largo, eterno sentía correr el tiempo. A veces se frotaba las manos y afirmaba que en la Habana tenía siempre en la memoria á México, y que el pensamiento que le asediaba era el tornar pronto.

Allá vivía en la calle de Aguiar 92, en la Casa Blanca; vivía solterón, pero arregladamente. A las cinco de la mañana estaba de pie y corría calles para hacer ejercicio. Levantado el sol, empezaba á trabajar: primero fué corredor, después tuvo parte en el bazar de Santa Ana. Temprano se recogía á la cama y dormía á obscuras y á tirones. Algunas veces navegando de paseo, llegó hasta altamar en un botecillo, una cáscara de nuez que era juguete de las olas, y estuvo en inminente peligro; mas no le dió cuidado. Esa su sangre fría la admiraron los marinos.

Cuando el grito del Yara, ofreció sus servicios al gobierno español contra el movimiento separatista. [El general Domingo Dulce, capitán general, le dió las gracias.

Ahora está fuerte aún y no se ha borrado de su manera de obrar la influencia mecánica de la Ordenanza.

Caminando y en el curso de la conversación, se determinó en Huamantla, por lo inquietante de la noticia telegráfica, á no llegar á México el 29; y nos trasbordamos á otro tren en

Apizaco y tomamos pasaje para Puebla. Como yo comprase los boletos, hízome esta observación:

—Ya sabe usted que esos gastos de su bolsillo, no los permito de ninguna manera. En México saldaremos cuentas.

—No, general: su compañía me basta.

Ya que nos habíamos sentado en el vagón, después de abrirnos paso trabajosamente por entre multitud de curiosos que vociferaban, de soportar la mirada fija de miles de ojos y de presenciar un desfile interminable, cerca de nosotros, en que había muchísimas bocas abiertas, resolvimos partir á Tlaxcala y de allí, al otro día, á una hacienda inmediata á Texmelucan. Transcurridos tres días, entraríamos en México sin que nadie sintiese nuestra llegada. Nos apeamos en la estación de Santa Ana y allí la curiosidad de los pasajeros y de los habitantes fué tanta como en Apizaco: pasamos por entre otros miles de ojos fijos, y esos ojos nos seguían tenaces unos, y otros indecisos debajo de un entrecejo fruncido y arriba de una boca cerrada.

En Santa Ana formaban en el andén seis ruralazos con carabina terciada y espadón arrastrando. Allí le abrazó Juan Ramírez, diciéndole conmovido:

—¡Paréceme un sueño, general!

Subimos á un vagón de tracción animal y todavía no se saciaba la curiosidad. Había caras que asomaban por las ventanillas y ¡qué caras! Con mirarlas bastaba para pensar que la mano derecha de su pertenencia asía crispada algo. Fuimos á saludar al jefe político y no fué poca su sorpresa al oír el nombre del general. Más tarde, paseándonos en el Zócalo, un transeunte tropezó cerca de nosotros y estuvo á punto de caer.

—Cuidado, amigo—prorrumpió Márquez.

—Parece que lo conozco—dijo rehecho el transeunte.

—A ver, ¿quién soy?

—Pues quién ha de ser usted: ¡el general Leonardo Már-

quez! Venga un abrazo, yo soy el coronel Gerardo Emilio Herreñas.

—Sí, hombre; cómo no lo he de conocer á usted: el padre de usted fué mi ayudante en el Batallón de Toluca.

A poco entramos en el Palacio á hablar con el Secretario de Gobierno, á quien enseñó el general su pasaporte, firmado por el Cónsul de la Habana.

—Mire usted, le dije, yo vuelvo á mi país porque el Gobierno me lo ha permitido, porque estoy comprendido en la amnistía del año 70; vengo á mi país á pasar tranquilo los últimos días de mi vida; quiero morir aquí. Qué quiere usted: soy mexicano.

—¿Viene usted á Tlaxcala de paseo?—le preguntó el Secretario de Gobierno.

Y entre dientes, como que contestó de mala gana que sí; y mostrándose más la franqueza con el carácter amable del alto empleado, Márquez manifestó:

—La verdad, señor, es que no quiero que por mi causa se dé un disgusto al Gobierno, á mi llegada á México, por unos jóvenes que ignoran que vuelvo sin más deseo que vivir en paz, sin inmiscuirme en nada. Si mi regreso es motivo de disgusto general, de aquí puedo volverme á la Habana y acabar allá mi vida, que ya es corta. Pienso esperar á ver el curso de los acontecimientos y obrar por la lección que me den.

—General, obre usted, sin que sea consejo, como se lo dicte su corazón. Las corazonadas siempre son de felices resultados.

Nos despedimos del Secretario y la corazonada fué ir á dormir á Puebla. A nuestro regreso á Santa Ana, el jefe de Rurales, Campos, manifestó á Márquez que no había novedad; y á su paso, cerca de una escolta, le terciaron las armas, y el general se tocó todavía con cierto airecillo marcial el ala del sombrero.

A la entrada de la noche, ví decaer su ánimo, no sé por qué. Entre las sombras que parecían surgir de los bosques, allá en

la llanura extensa y silenciosa, sombras que se nos acercaban como fantasmas para envolvernos, tuvo la sugestión del peligro. Se quedó mirando lejos y dijo:

—Parece que viene caballería á escape.

—¿Por qué, general?

—Porque allá (indicaba un punto en la llanura) veo levantarse polvareda.

—No, general: es efecto de la llegada de la noche. Puede decirse que la luz y la sombra chocan y se mezclan, produciendo lo que usted cree ver.

Nos paseábamos en espera del tren, que tardaba, cuando de súbito se detuvo, tal vez para espantar alguna idea negra, y preguntó:

—¡Qué extraño! ¿Por qué tocan tanto las campanas aquí? ¿Qué no dicen que las leyes de Reforma lo prohíben?

El viento nos traía de Tlaxcala, que había quedado distante, el eco de unos dobles sonoros y persistentes.

En seguida el frío y el aire nos hicieron buscar refugio en la pieza de la estación. Unas señoritas platicaban sobre la impertinencia de los moscos, y Márquez pintó á lo vivo su coraje contra ellos, porque hacían daño y por su pequeñez no se les podía hacer nada: ¡escapaban de la venganza! En esto se le manifestó que podía hacerle mal el frío:

—No, hombre; á mí no me hace mal nada: ni el frío, ni el calor, ni nada.

Con todo, de su petaca sacó su paletó y se lo puso.

Pitó el tren que iba á Puebla y nos prevenimos para el viaje.

—Ya sabe usted, me dijo al comprar los boletos de pasaje, que estos gastos no permito que usted los haga.

A las ocho y minutos de la noche llegamos á Puebla. A unos militares que nos asechaban, les cogimos la vuelta. Ya se sabía que llegaría Márquez y numeroso público esperaba. Violentamente entramos en un coche y de incógnito tomamos el cuarto 28, altos, del Hotel de Francia, inscribiéndonos en el piza-

rrón y los libros bajo los nombres de Angel y Luis Martínez.

Le propuse que bajásemos al comedor; pero rehusó, creyendo más prudente que nos subiesen la cena. Tomó café con leche con escaso apetito; y resolvimos que al otro día, muy de mañana, tomaríamos el tren directo de México y nos apeariamos en Peralvillo, frente á la estación del Ferrocarril Hidalgo.

Y paseándose en el cuarto, decía, al pesar las dificultades con que habíamos venido tropezando para tener un viaje tranquilo:

—Se me ha ofrecido todo género de seguridades ¿por qué, pues, se me me hace todo esto? Yo no vengo á hacer política. El partido conservador hace tiempo que está muerto. Quiero nada más vivir y morir tranquilo.

En diciendo esto, intentaba enseñar algunas cartas de altos personajes.

Conforme algún tanto con la situación, convino en que yo continuase haciendo todos los gastos de viaje, con la condición, afirmaba él, de que me los reembolsaría á su llegada; porque sólo llevaba consigo oro y valores en letras. Mostrábase indignado cuando le decía yo que no le pedía cuentas.

Llegada la hora de recogernos, oró fervorosamente largo rato, en seguida se cercioró de que la puerta quedaba bien cerrada, de que adentro estábamos nada más nosotros; y dando las buenas noches, dejó caer su cabeza, quizás nunca tan abrumada de tristes pensamientos, como ahora, en la almohada. Su sueño fué de una pieza.

El toque de alba en la sonora campana de Catedral le despertó. Al auriga del coche de sitio número 45, le dijimos en voz alta que nos condujese á la estación del Interocéanico; y en el camino, hablando del punto en que había que desayunar, fuimos á parar á la estación del Ferrocarril Mexicano.

Apenas habíamos ocupado nuestros lugares en el vagón de 1ª clase, aparecieron merodeando por las ventanillas los bigotazos semicanos y retorcidos del licenciado Joaquín Valdés Caraveo.

Márquez, contento porque no le asediaban tantos curiosos como la víspera, me platicó de la revolución de Cuba y de sus aficiones por la vida del campo. Si no ha sido por una orden el año 53, no hubiese abandonado la hacienda de Huehuechoca, que significa *viejo que llora*. De allí fué á organizar el batallón de Toluca.* Andando el tiempo, llegó un día en que se le quiso aprehender para ir á entregarle al general Alvarez, al Sur; y entonces por una puerta de su casa entró la escolta, y él por la otra escapó y huyó á Puebla para tomar parte en la revolución. ¡Ah! si no ha sido por esa fatalidad, sería un agricultor ricachón, porque le gusta trabajar, andando al sol, á caballo, mojándose, cansándose.

* No queremos juzgar á Márquez como militar: la opinión pública no oscila en tenerle como un soldado prominente. Sirvan los documentos que siguen para que ocupe su verdadero lugar en la Historia.

Días.	Meses.	Años.	EMPLEOS Y GRADOS.	Años.	Meses.	Días.
15	Enero	830	Cadete de la Compañía de Lampazos	2	4	16
1º	Junio	832	Cadete del batallón activo de Querétaro	4	4	
1º	Octubre	836	Subteniente miliciano de Fusileros	2	10	
27	Abril	839	„ „ „ Cazadores			
1º	Agosto	839	„ veterano en „	2	3	15
16	Novbre	841	Teniente de Fusileros	2	7	12
21	Abril	842	Grado de Capitán			
28	Junio	844	Capitán	2	10	17
15	Mayo	847	Comandante de Batallón	5	10	11
26	Marzo	853	Teniente Coronel	..	4	15
11	Agosto	853	Coronel			
10	Septbre	854	Grado de General de brigada	5	..	6
26	Octubre	855	Usó de retiro por haberse hallado defendiendo á Puebla contra el gobierno de Ayutla			
27	Junio	858	Volvió al servicio con prevención de que se le abonara el tiempo del nulo retiro	..	7	24
17	Agosto	858	General de brigada efectivo			
11	Abril	859	General de división	4	8	19
TOTAL hasta 31 de Diciembre de 1863..				33	11	15

Y ahora que digo fatalidad, debo asentar que él cree que todo tiene causa en ella.

—Yo, afirma, por fatalidad he hecho todo en mi vida. Me arrastra.

No se cansaba de ver y admirar el camino en todo el trayecto.

Conoció á la Villa de Guadalupe desde sus primeras casas.

En Peralvillo, frente á la estación del Ferrocarril Hidalgo, hizo alto el tren y nos apeamos.

CUERPOS EN QUE HA SERVIDO Y CLASIFICACIÓN DE SUS SERVICIOS.

En la Compañía presidencial de Lampazos desde 15 de Enero de 1830 hasta 31 de Mayo de 832	2	4	16
En el Batallón activo de Querétaro y en la Inspección de la arma desde 1º de Junio de 832 hasta 30 de Setiembre de 836 que ascendió en el Batallón de Mexitlán	4	3	29
En el Batallón activo de Mexitlán desde 1º de Octubre de 836 hasta 31 de Julio de 839, por entero por haber estado sobre las armas	2	10	1
En el 11º Regimiento desde 1º de Agosto de 839 á fin de Junio de 844	4	10	29
En el 1º Regimiento ligero desde 1º de Julio de 844 á 8 de Febrero de 849	4	7	8
Dado de baja desde 9 de Febrero de 849 á 25 de Marzo de 853, cuyo tiempo se le abona como comprendido en la amnistía de 6 de Febrero del último año y por suprema orden de 5 de Enero de 1854	4	1	17
En el Batallón activo de Toluca, después 4º ligero, desde 26 de Marzo de 853 á fin de Agosto de 855	2	5	5
Suelto de 1º de Setiembre de 855 á 25 de Octubre del mismo año. Retirado de 26 de Octubre de 855 á 26 de Junio de 858 que volvió al servicio abonándole el tiempo de retiro por suprema orden de 29 de Setiembre de 858 y sin considerársele interrumpido el tiempo por haberse hallado en la defensa de Puebla contra los liberales y trabajando en favor de la causa del orden	2	8	1
Empleado en varios servicios y como general en jefe del 1º cuerpo de ejército del Norte, en jefe del ejército mexicano y de la división de su nombre, desde el 27 de Junio de 1858 hasta 15 de Diciembre de 863 que se cierra esta hoja	5	6	4
Tiempo doble por el decreto de 10 de Junio de 833	1
Abono de tiempo con arreglo al supremo decreto de 2 de Setiembre de 853	1
TOTAL de servicios	35	11	15

Ya venía don Román Araujo, pariente suyo, con un enjambre de pequeñuelos, á uno cargaba, á otro tiraba de la mano, y éste á su vez á otro y éste á otro. Venían también don Victoriano Agüeros y el coronel Agustín Camacho.

Márquez subió en una carretela, que fué á parar al Hotel Washington. Instalado en sus habitaciones, fuera de sí de gozo, habló de esta manera:

Exmo. Señor Presidente.

El ciudadano Leonardo Márquez, meritorio de la Tesorería General de la República, ante V. E., con el debido respeto manifiesta: que consecuente á la ley de 20 del mes corriente, y deseoso de contribuir por su parte, del modo que sea más positivo, al restablecimiento de la libertad del E. S. General Presidente D. Antonio López de Santa-Anna, presenta su persona libre y espontáneamente, suplicando á V. E. tenga la bondad de emplearlo en las filas de la división que sea nombrada para la salvación de S. E.

Podría, E. S., hacer mérito de los cortos de su padre, el capitán del extinguido Primer batallón permanente, D. Cayetano Márquez, á quien acompañó en sus jornadas sobre Chiapas, campaña de invasión contra los españoles el año de 829, en Tampico de Tamaulipas, hasta los Estados de Coahuil-tejas, y últimamente en la del Sur, el de 831, que habiendo sido consultado para subteniente del Batallón activo de Querétaro, por el Sr. coronel del cuerpo, D. Cayetano Montoya, su referido padre, sin su consentimiento, renunció este beneficio por haber sido promovido y no querer abandonar su persona como consta de los asientos que deben obrar en la Inspección de esta arma.

En tal virtud:

A V. E. rendidamente suplica tenga la bondad de atender á esta solicitud, colocándolo de subteniente como pretende, en el cuerpo que fuere de su supremo agrado, para marchar á la campaña, que en ello recibirá merced y gracia.

México, Mayo de 1836.—*Leonardo Márquez.*

Estándose colocando en las vacantes de los cuerpos activos que marchan, porción de jóvenes que tal vez no han prestado servicio alguno, por lo que yo juzgo en el que solicita, puede ser empleado en uno de los batallones activos que tengan necesidad de oficiales y sean del ejército. Lo que creo sin inconveniente por tener los requisitos de reglamento; pero V. E. dictará en el particular lo que juzgue oportuno.

México, Junio 1º de 1836.—E. S.—*Gabriel Valencia.*

México, Junio 3 de 1836.—Informe el Exmo. Sr. Inspector de milicia activa.—*Tornel.*

Exmo. Sr: Me suscribo en un todo á lo que el señor Comandante general expone en el anterior informe, y en esta virtud, podría colocarse al interesado en esta instancia, en el Batallón ligero de Santa Anna ó al 20º de Toluca; siendo lo único que puedo decir á V. E., cumpliendo con su superior decreto que antecede.

México, Junio 9 de 1836.—*José J. de Herrera.*

Francisco Sosa, capitán retirado de infantería permanente.

Certifico: que cuando yo estuve agregado al Batallón activo de Querétaro el año de 1831; el mes de Agosto del mismo año, el señor coronel del cuerpo D. Cayetano Montoya propuso para subteniente del expresado batallón al cazador distinguido D. Leonardo Márquez, hijo del segundo ayudante del mismo cuerpo, D. Cayetano Márquez; que su propuesta la aprobó el Supremo Gobierno; que se le expidió su despacho, y que no lo recibí porque el señor su padre lo renunció sin su consentimiento. Y para que conste, á pedimento del interesado doy el presente en México, á 7 de Julio de 1836.—*Francisco Sosa.*

—En el extranjero nada tenía atractivo para mí; todo me era indiferente, lo mismo las diversiones que los acontecimientos más importantes que se desarrollaban ante mis ojos. En

Exmo. Sr. Ministro.

El C. Leonardo Márquez, meritorio de la Tesorería General de la República; ante V. E. con el debido respeto manifiesto: que habiendo presentado á V. E. por conducto del señor comandante general y con informe suyo, una solicitud pidiendo un despacho de subteniente para marchar á Tejas y tener el honor de batirme con los ingratos y pérfidos colonos en defensa de nuestro territorio, V. E. dispuso que la informara el Sr. Inspector activo, y habiéndola informado dicho señor, la devolvió á V. E. á principios del mes próximo pasado. Sabedor yo de que en estos días se han despachado otros asuntos, posteriores al mío, y mirando que mi solicitud ni se ha despachado, ni aun he tenido la más mínima noticia de ella desde que la Inspección la devolvió al Supremo Gobierno,

A V. E. rendidamente suplico tenga la bondad de despachar este asunto, colocándome en el Batallón activo de Toluca, si tuviere á bien acceder á mi solicitud en lo que recibirá merced y gracia.

México, Julio 4 de 1836.—*Leonardo Márquez.*

Exmo. Sor.

Leonardo Márquez, subteniente de la Compañía de cazadores del Batallón activo de Mexititlán, y agregado hoy al de Tlaxcala; por los conductos que la ordenanza me demarca, y con la subordinación debida, á V. E. expone: que en esa Capital, tiene intereses de consideración, que se hallan al perderse, por ser el encargado de ellos hombre de mala conducta, y haber ya principiado á disponer de ellos, amplia é indebidamente, de lo cual resultará indudablemente su completa destrucción. Y como el que habla, no tiene en esa ciudad un sujeto de su satisfacción, á quien poder confiar el cuidado de sus asuntos. Y estos intereses, son los únicos recursos con que su familia cuenta para su sostenimiento, resulta de aquí: que si los mencionados intereses se pierden, su indicada familia queda por consiguiente, completamente arruinada, en la indigencia, y abandonada al infortunio. Un caso tan duro, no puede permitir el exponente que llegue; pues las leyes, la naturaleza, los sagrados deberes de hijo, y todo, todo generalmente, le impone la obligación de mantener, asistir, cuidar y dulcificar la vida preciosa de sus padres y familia, cuando éstos se hallen imposibilitados de poderlo hacer por sí mismo. Y encontrándose la familia del que habla en este caso, de ninguna suerte puede el exponente dejarla perecer. Por todo lo expuesto.

A V. E. rendidamente suplica tenga la bondad de concederle licencia por el término de dos meses, para pasar á la ciudad de Méjico, para arreglar sus interesantes asuntos; ó si por algún motivo, esto no pudiere ser, suplica, á V. E. se digne concederle su licencia absoluta, en lo que recibirá merced y gracia.

Tampico, Julio 12 de 1839.—E. S.—*Leonardo Márquez.*

Por la escasez de Oficiales que hay en esta plaza, soy de sentir que si V. E. lo estimare conveniente, quede sin lugar esta solicitud.

Tampico, Julio 16 de 1839.—Exmo. Sr. *Mañano Arista.*

De conformidad con el precedente informe del señor Subinspector de Tamaulipas, soy de sentir que V. E. se sirva desestimar la presente solicitud, ya por hacer poco tiempo que el interesado estuvo en esta ciudad y ya por no ser ciertos los motivos que expone; pero sin embargo V. E. resolverá

México, Agosto 10 de 1839.—Exmo. Sr. *Gabriel Valencia.*

Regimiento de Infantería núm. 11.—E. S.—Con fecha 21 del mes próximo pasado dije al Sr. gral. en jefe de este Cantón lo que sigue:—A las siete de esta noche me ha dado parte el teniente coronel del Regimiento de mi mando, de haber cometido faltas graves en el servicio hasta el caso de sediciosas á la disciplina, el capitán de la 3ª Compañía del 1er. Batallón de este Regimiento D. Leonardo

cambio, todo lo que se refería á México me afectaba vivamente y se acentuaban más esos sentimientos por mi patria cuando se trataba de alguna desgracia ó suceso de otro orden que

Márquez, quien mandó formar su Compañía dentro de la cuadra, vestida de gala y con sus oficiales á la cabeza, y encarándose á todos les arengó y dictó leyes aboliendo algunos artículos de la Ordenanza y haciendo un desprecio de toda ella, les dijo á sus soldados que no volvería á haber castigo que fuese con palo, aún de los que están demarcados para su corrección; y al efecto mandó saliesen todos los cabos con sus varas en las manos y las mandó quemar en una hoguera que para este fin se puso, y á la vez hizo otras demostraciones y virtió palabras subversivas y de alboroto contra el orden establecido para el buen régimen del cuartel, con lo cual ha dado lugar á que la tropa tal vez pueda insolentarse, pierda su disciplina, subordinación y otras cosas tal vez de mayor trascendencia; y como por mi deber me veo en el caso de no permitir tal relajación, como que la tropa se conserve con la más estricta subordinación y disciplina, he dispuesto que el expresado capitán Márquez pase inmediatamente arrestado á banderas y que sea formada la correspondiente sumaria averiguación sobre este procedimiento, tan criminal, por el Comandante de batallón del mismo cuerpo, D. Miguel Camargo; con lo que daré cuenta á V. E. para su superior determinación, suplicándole se sirva concederme que este oficial continúe su arresto en uno de los cuarteles que tenga á bien de los de este Cantón, siendo con estrecha reclusión, entre tanto el fiscal pueda tomar las declaraciones necesarias y que en ellas no haya ninguna confabulación en asunto tan delicado, para el mejor acierto.—Todo lo expuesto tengo el sentimiento de participar á V. E. para su conocimiento.—Y cuya sumaria de orden del mismo Señor Gral. la continuó el Sr. Mayor Gral. de este Cantón, siendo su conclusión el haber marchado á la fortaleza de Perote el expresado capitán Márquez en virtud de lo mandado por el E. S. Presidente constitucional de la República D. Antonio López de Santa Anna, según el oficio que en copia tengo el honor de acompañar á V. E. para su debido conocimiento, manifestándole al mismo tiempo que el mencionado capitán será dado de baja en su compañía en la próxima revista, quedando en el cuerpo hasta la resolución del supremo gobierno.—Dios y Libertad.—México Jalapa, Junio 9 de 1844.—*Nicolás Enciso*.—E. S. Jefe de la Plana Mayor General del Ejército.—Es copia. México, Junio 22 de 1844.—*Ignacio Falcón*.

Serenísimo Señor.

Leonardo Márquez, coronel veterano, del 4º Batallón Ligero Activo, por los conductos de ordenanza, y con la subordinación debida á S. A. S., respetuosamente expone: Que á consecuencia de haber proclamado en la Sierra de Xichú el 11 de Febrero de 1841, el plan salvador que para bien de la patria, renació y triunfó luego en Jalisco, el Gobierno de aquella época le hizo la persecución consiguiente, sentenciándolo á muerte y buscándolo infatigablemente para ejecutarlo; en cuya posición permaneció el exponente privado de todo recurso, y hasta de su libertad, por espacio de dos años, tres meses, hasta que se le comprendió en la amnistía expedida por el Congreso, privándolo del ejercicio de su empleo, que quedó sin efecto al regenerarse la Nación. En consecuencia, el que habla, no cree justo, después de tantos padecimientos, perder sus haberes, correspondientes á aquella época, y tanto más, cuanto que S. A. S. se ha servido ya mandar, que se le abone en su hoja de servicios aquel tiempo, íntegro, como si no hubiese estado suspenso del ejercicio de su empleo, por hallarlo así justo; cuya gracia, además, ha tenido la bondad S. A. S. de conceder á otros militares que se han encontrado en circunstancias semejantes. Por lo cual: á S. A. S. respetuosamente suplica el que habla, se digne ordenar que se le abonen por la hacienda pública, sus haberes correspondientes á dicho tiempo, del 11 de Febrero de 1841, al 7 de Marzo de 1853; en lo cual recibirá una distinguida gracia.

Jalapa, Julio 28 de 1854.—Serenísimo Señor. *Leonardo Márquez*.

podieran ser de trascendencia para México. Entonces experimentaba yo sentimientos tan hondos como si se tratara de hechos pertenecientes á mi familia ó á mi hogar.

Cuando surgió la cuestión entre Guatemala y México, fué de los primeros en ofrecer su espada para defender á la patria.

A los tres días de llegado, le hice una visita, y me dijo:

—Parece que soy extranjero en mi tierra: todo es casi nuevo: las calles, las casas, el comercio. Entre los transunetes no conozco á nadie; pero estoy muy contento. ¡Cuánto ha progresado mi país!

Ahora Márquez, después de nueve años de volver á ser mexicano, continúa habitando en el mismo hotel. Su vida es de aislamiento. Sus amigos son muy contados; y á ninguno le habla de política, ni de su pasado. Es madrugador. Todos los días oye misa en la iglesia de Santo Domingo. Da invariablemente un largo paseo á paso menudo y ligero, viste con elegancia y corrección, come muy bien; en fin, vive más que cómodamente. Suele ir al teatro, y cuando no, se recoge temprano. Lo más del día permanece encerrado en sus habitaciones. ¿Qué hace? Lee dos ó tres periódicos católicos, escribe al doctor Márquez, un negociante en grande de magnesia, y parece que resuelve cuentas intrincadas de fuertes valores.

En el balcón de su departamento hay una persiana en la que está pintada una pantera. ¿Es que este hombre lleva tras sí la maldición del pasado? No, es la fatalidad.

Un rasgo suyo: al día siguiente de nuestro arribo, un periódico publicó, que no solamente había yo acompañado al general Márquez en su viaje, sino que él había costado el mío y yo había vivido á sus expensas.

Recorté el párrafo y se lo acompañé con una carta en que le suplicaba que dijese la verdad. Su respuesta fué mandarme á don Román Araujo para preguntarme cuánto me debía. Respondíle que nada, que no le cobraba; pero que sí le exigía caballerosamente que pronunciase la verdad. Márquez guardó silencio absoluto. Así le conocí.

Don Roberto A. Esteva escribía el 27 de septiembre de 1867: "Márquez ha sido doblemente traidor. Traidor á su patria y traidor á la causa imperialista. Si tuviera dos vidas, debería ser ahorcado dos veces: una por los republicanos, otra por los que reconocieron al Archiduque como Emperador."

Y el general Félix Zuloaga, á quien anduvo llevando y trayendo como presidente, en 1861, dice:

"El carácter de ese jefe (Márquez) es el más á propósito para convertir en enemigos á los amigos más entusiastas y decididos, y aun para esto no necesita de mucho tiempo: bástale para conseguirlo pasar de tránsito: su huella se conoce aún á larga distancia: allí donde hay desolación y lágrimas, donde la barbarie se ha cebado en alguna víctima: por allí, sin duda, ha pasado el general don Leonardo Márquez."

Y á pesar de los colores negros con que le perfilan, no hay día de Corpus que no deposite una corona de flores en el lugar donde reposa el señor Manuel Romero Rubio. Siempre es la primera puesta por aquella mano agradecida.

México, Julio de 1904.

ANGEL POLA.

MANIFIESTO*

(EL IMPERIO Y LOS IMPERIALES)

Por qué rompo el silencio

Quisiera llevar adelante mi propósito de responder á mis calumniadores sólo con el silencio. Así lo he hecho siempre, ya porque he rehusado entrar en discusión con escritores que, ajenos á todo sentimiento de justicia, dejan correr su pluma, guiada por el encono, negándose á escuchar toda razón, y ya porque tranquila mi conciencia con la seguridad de haber cumplido mis deberes, no me he creído obligado á satisfacer á quien no tiene el derecho de residenciarme. Por esto es que he dejado pasar sin contestación cuanto se ha dicho en mi contra, limitándome á estar listo para responder de mi conducta en todo tiempo.

Con más razón seguiría hoy este mismo sistema, porque lejos de mi país y resuelto á no mezclarme más en la política, mi vida pública está ya terminada.

Pero como, por una parte, no se pierde ocasión para zaherirme, presentándose como ciertos, hechos enteramente falsos, no sólo por mis compatriotas sino aun por extranjeros que ignoran la realidad de lo mismo que refieren; como por otra, mi silencio pudiera ser interpreta-

* El autor publicó esta parte con el título que sigue: MANIFIESTO QUE DIRIGE Á LA NACIÓN MEXICANA EL GENERAL DE DIVISIÓN LEONARDO MÁRQUEZ.—NUEVA YORK, ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO. 1868. Sólo hemos reducido el título y puesto encabezamientos en las divisiones de números romanos por razones tipográficas y conveniencia del lector. En absoluto hemos alterado el texto; muy al contrario, nuestro respeto ha llegado á tanto en este caso, que la obra aparece tal como su autor la escribió en el extranjero, desde donde tuvimos con él correspondencia acerca de algunos sucesos históricos de México, como se verá adelante.